

Abuelo materno

Al morir, mi abuelo dejó un paisaje. Para verlo, bastaba con caminar por un corredor colmado de enredaderas. Gracias a su legado, el jardín de mi niñez fue rico en sensaciones que ahora atesoro. Después, hijos de otros padres cambiaron las montañas por edificios: el verde se fue convirtiendo en gris y la gente fue llegando a poblar lo que antes eran cultivos. Mi madre, en sus últimos días, tenía en los ojos las miradas que había guardado en su infancia. Cuando le preguntaba, comenzaba su recorrido: una habitación para diez hermanas, esteras con soporte para las lágrimas, tejas de barro rotas por los gatos, piso áspero para los pies descalzos y una pared tapiada para contar las penas. Cuando recorro los lugares en que vivió, pienso en sus recuerdos mientras contemplo el tránsito de las cosas que se secan. Afuera, conductores afanados ahogan el sonido de las flores con sus aullidos amplificadas.

Estos primeros territorios demarcarían por siempre lo que serían mis calles. El interior y el exterior se han confundido. Lo que parece ser el afuera se ha ido convirtiendo en una lluvia de recuerdos que siguen hablando. En el interior, los sembrados que siguen emergiendo con la lluvia: agua que, al caer, recuerda ese primer recinto donde las cosas hablaban y era posible oírlos.

Mientras todo corre, trato de detenerme. La inmovilidad dota la mirada de una constante sensación de fantasía. Para dar realidad a las cosas, me detengo a escuchar su latido: es el útero materno el que aparece en las hojas. Son los pasos del abuelo lo que veo en cada huella.

Es la mirada de mi abuela la que aparece en el chocolate caliente.

Es ella, mamá, la que me prestó su mirada para ver el mundo cambiante.

Ellos, con los que hablé, son ahora voces que susurran en mi interior.

Afuera, lo que alguna vez fue pueblo desaparece. Llega una ciudad.

Adentro, los recuerdos que permanecen mientras todo sigue su tránsito.

Todo lo que fue y lo que es aparece en mi barrio. Si cierro los ojos y pienso en el mañana, me entristezco porque entiendo que el paisaje de mi infancia desaparecerá como recuerdo. Con valentía, abro los ojos y observo ese otro legado, el de la familia humana: logro recordar la tierra en las manos, la mirada de mamá, la abuela caminando por un corredor tapizado en flores, papá y su cerveza, la lluvia que cayó, el encuentro que se extravía, el calor de la cocina cuando aparece el maíz. Entiendo entonces que otros también podrán pensarlo, leerlo, sentirlo.

Estas palabras son un grito de resistencia: la memoria, a veces tan frágil, me permite enraizarme de nuevo en la tierra hasta hacerme comprender algo esencial: que soy también aquello que recuerdo, que la vida que palpita en los paisajes es el propio corazón manifestándose. Así, cuando observo por la ventana, veo a mi propio rostro mirándome desde la historia de la abuela, nuestro horizonte común.